

# MÁRGENES Y CEREMONIAL: LOS POBLADORES Y LAS POLÍTICAS DE VIVIENDA SOCIAL EN CHILE<sup>1</sup>

Francisca Márquez B.

Universidad Academia Humanismo Cristiano

fmarquez@academia.cl

---

## RESUMEN

El artículo analiza, a partir de un estudio de caso, la relación que un grupo de pobladores de Santiago establece con el Estado una vez recibidas sus viviendas sociales. El artículo plantea la tesis que el descontento con sus nuevas viviendas dice relación no sólo con su calidad y tamaño, sino también con los términos sobre los cuales se construye finalmente su integración en la sociedad. La ausencia de ceremonial, de gestos, de símbolos que a modo de *ritos de pasaje* celebren, aglutinen y acompañen sus logros de integración social, está también en la base de este descontento y la percepción de ser aún habitantes de los márgenes. Se concluye que el Estado, si bien ha mostrado importantes avances en términos de la integración funcional de los más pobres, ha descuidado su rol en la construcción del lazo social que vincule de manera activa a estos ciudadanos al conjunto de la sociedad.

**PALABRAS CLAVE:** POBLADORES, POLÍTICAS DE VIVIENDAS, CEREMONIAL, INTEGRACIÓN SOCIAL

---

## ABSTRACT

Based on a case study, this article analyzes the relationship between the State and a group of *pobladores* from Santiago once they have received social housing. It presents the theory that their discontent with the new housing stems not only from the quality and size, but also the conditions under which their integration into society have been developed. The lack of ceremony, gestures and symbols, such as rites of passage to celebrate, cement and accompany their achievements on social integration also lie at the heart of this discontent and the perception that they are still marginalized inhabitants. It concludes with the idea that, while the State has made major progress in terms of the functional integration of the poorest sectors, it has neglected its role in building the social ties that actively bind these citizens to the rest of society.

---

## SOBRE LA AUTORA

Francisca Márquez B. es antropóloga y realiza su doctorado en sociología en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Durante los últimos diez años se ha dedicado a la investigación cualitativa en temáticas vinculadas a la pobreza urbana, exclusión social y políticas sociales. Ha escrito artículos sobre pobreza y es coautora del libro *La desigualdad en Chile: Testimonios de fin de siglo*. 2000. Santiago: Ed. SUR, Santiago. Actualmente se desempeña como docente de la escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano e integra el directorio de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, Chile.

---

1 Este artículo retoma resultados de dos investigaciones dirigidas por la autora: Proyecto Fondecyt 1020318 y fundación Ford: *Historias de ciudadanía: la incidencia de las políticas sociales locales*.

En Chile, las políticas habitacionales de los años noventa lograron resolver el déficit de vivienda que se acarreaba de las décadas anteriores; nunca se había construido más vivienda social en toda su historia. Y sin embargo, desde diversos estudios, se advierte del descontento de los pobladores. A pesar de sus nuevas viviendas, muchos de ellos aspiran a volver a sus viejos ranchos y campamentos; la nostalgia por ese modo de vida persiste.

Este artículo aborda la realidad de estos pobladores de la ciudad de Santiago y su relación con el Estado a través de las políticas de vivienda social. Mediante un breve relato etnográfico, se profundiza en la percepción de aquellos que, gracias a su esfuerzo y a los subsidios, lograron acceder al "sueño de la casa propia". El artículo plantea la tesis que el descontento con sus nuevas viviendas dice relación no sólo con su calidad y tamaño, sino también con los términos sobre los cuales se construye finalmente su integración en la sociedad. La ausencia de ceremonial, de gestos, de símbolos que a modo de *ritos de pasaje* celebren, aglutinen y acompañen sus logros de integración social, está también en la base de este descontento, así como la desconfianza y la percepción de ser aún habitantes de los márgenes.

El artículo concluye que el Estado y sus políticas, si bien han mostrado importantes avances en términos de la integración funcional de los más pobres, han descuidado su rol en la construcción del lazo social que vincule de manera significativa y activa a los ciudadanos al conjunto de la sociedad.

### Las políticas de vivienda

Ciertamente, en la última década, las condiciones de vida<sup>2</sup> y de urbanización de los más pobres en Chile han mejorado sustantivamente. No sólo se logró congelar el déficit de viviendas, sino que se inició un proceso que tendió a revertir la escasez existente. Entre las décadas del ochenta y noventa, la tasa de producción anual de vivienda social creció en un 36,4% y desde 1980 hasta el año 2000 se habían construido alrededor de 173 mil viviendas de interés social en Santiago, lo que equivale al 21% del parque habitacional construido en la Región Metropolitana (Rodríguez, 2002).

Según algunas estimaciones, el 90,6% de la población pobre del Gran Santiago vive en algún tipo de conjunto de vivienda social construido en el período 1980-2000 (Tironi, 2003). La pobreza urbana de Santiago, es hoy en día, la pobreza de los "con techo" (Rodríguez, 2002).

2 Al finalizar el año 2000, la población en situación de pobreza en el país bordea los tres millones 81 mil personas, correspondiente al 20,6% de la población total. Por su parte, la población en pobreza extrema o indigencia a nivel nacional se acerca a las 850 mil personas (5,7% del total).

Sin embargo, aunque la construcción de conjuntos de viviendas sociales<sup>3</sup> aporta cuantitativamente en el combate contra la pobreza, pareciera acentuarla en términos cualitativos. Es ésta la paradoja de las políticas sociales de vivienda: junto con dar un techo, empobrecen y desmejoran las condiciones de sociabilidad, integración y cohesión social de sus habitantes<sup>4</sup>.

Lo anterior, a una escala de 86.000 viviendas anuales, genera una situación social y urbana que impide no sólo el desarrollo de barrios habitables (Ducci, 1998; Rodríguez, 2000), sino también la posibilidad de considerarse como un habitante más de su ciudad. La percepción de continuar siendo un habitante de los márgenes ha pasado a ser un rasgo constitutivo de esta tendencia a la guetización, ciertamente facilitada por las políticas de viviendas sociales para lo más pobres de la sociedad.

### La villa sin nombre

En la periferia de la comuna de Maipú, entre la avenida Ferrocarril y el canal Santa Marta, existe una villa, de la cual nadie, ni aun la municipalidad, conoce con certeza su nombre: San Arturo, Don Arturo, Los Héroe, Carlos V... La villa –a pesar de haber sido construida con fondos públicos– hasta el año 2004 no posee existencia legal ni se encuentra en los mapas de la ciudad; a ella no llega locomoción colectiva, tampoco ambulancias y rara vez la policía. Desde 1999 sin embargo, gracias a un programa de erradicación de campamentos, el Programa Chile Barrio, allí habitan poco más de cuatrocientas familias.

La villa se compone de cuarenta y seis edificios –que sus vecinos llaman “las naves”–, cada uno de tres pisos y doce departamentos que dan a un pasillo común. Cada departamento no supera los 44 metros cuadrados y en ellos viven un promedio de cinco personas por familia. De diseño simple, colores azul, blanco y lila, la villa asemeja a una más entre muchas otras. Con escasas y deterioradas áreas verdes, una sede social completamente destruida y saqueada, la villa ofrece un panorama de aridez y desolación a quien por primera vez la visita.

Ahí viven por lo general, familias con niños pequeños que llegaron de comunas diversas (Cerro Navia, Estación Central, Maipú) a través de subsidios individuales

3 Entre las décadas del ochenta y noventa, la tasa de producción anual de vivienda social creció en un 36,4% y desde 1980 hasta el año 2000 se habían construido alrededor de 173 mil viviendas de interés social en Santiago, lo que equivale al 21% del parque habitacional construido en la Región Metropolitana (SUR, 2001). En otras palabras, cerca de 700 mil personas viven hoy en día en algún tipo de vivienda social, debajo de las 400 UF, construidas entre 1980 y 2000.

4 Interesa resaltar que no serían sólo los cambios sociales o económicos los que gatillarían este déficit solidario, sino también la propia configuración socioespacial de los conjuntos. Es decir, los problemas que surgen en las villas no serían un problema de la pobreza de quienes allí habitan, sino de la pobreza del diseño arquitectónico y espacial con el que han sido concebidas estas villas (Ducci, 1998; Skewes, 2000; SUR-PNUD, 2001).

(programas sociales convencionales) y colectivos (programa social participativo). La población adulta, en su mayoría joven (40-45 años), tiene estudios secundarios incompletos. Para el año 2001, el ingreso promedio de las familias de esta villa era menor o equivalente al sueldo mínimo. Tras la erradicación de sus comunas de origen, muchos hombres perdieron sus trabajos; para ese mismo año sólo dos de cada siete personas económicamente activas tenían trabajo estable (principalmente en construcción). Los restantes se empleaban en trabajos ocasionales como cartoneros y carpinteros; en el caso de algunas mujeres, planchado y aseo. La escasa participación laboral de las mujeres, el alto número de hijos en edad escolar y los nuevos gastos que implica vivir en una casa propia, vuelven la situación económica de estas familias especialmente difícil.

Los vecinos coinciden en que los dividendos son demasiado altos para sus ingresos y la calidad de las viviendas. Pero nadie, ni aun el dirigente de la Junta de Vecinos, logra entender por qué poco antes de recibir sus departamentos se les exigió firmar ante notario una declaración por ingresos familiares superiores a los reales. Frente a la posibilidad de no obtener sus viviendas, todos firmaron. Aparentemente era la fórmula que el Estado, entrampado en sus propias normas, encontraba para otorgar estas viviendas a familias que carecían de los ingresos suficientes para pagar los dividendos<sup>5</sup>. El resultado es que para muchas familias el monto mensual del dividendo equivale al 50% de sus precarios ingresos. La morosidad llega por tanto, al casi 100% de los hogares y la percepción de haber sido engañados está presente en todos ellos.

“Yo llevaba mi liquidación de sueldo, \$100.000.-, eso era lo que yo ganaba, reconocido por el municipio y en todas partes... pago un impuesto para poder trabajar en la calle. Llegamos allá donde estaba el mapa y se escogían los departamentos, donde se entregaban los documentos; y el gallo<sup>6</sup> que atendía nos dice que con ese sueldo no podíamos postular a ese departamento. Vayan a la notaría que está abajo y declaren \$220.000. La cosa era tan rápida que bajabas y te tenían la declaración lista. Era cosa de llenar datos, nombre, tu carné de identidad, listo, se entregaba... Por supuesto, todos mentimos... Claro que hay culpa nuestra, si yo veo que no voy a poder pagar... Eso lo sé, pero la presión de quince años viviendo de allegados, y se te da la oportunidad... uno va y se arriesga. Sin ir más lejos, hay como veinte familias que no saben leer ni escribir y firmaron igual”.

(Víctor, 2002, presidente de la Junta de Vecinos).

5 La norma legal dice que el monto del dividendo no debe exceder al 25% del total del ingreso del grupo familiar.

6 Apelativo usado para denominar a una persona cualquiera.

Aun así, el haber obtenido el subsidio y su vivienda es recordado como uno de los momentos más emocionantes de sus vidas.

“A mí me avisaron como a las seis de la mañana que había salido (la casa); porque mi esposo trabaja en el diario... Entonces en la mañana él tomo el diario, lo empezó a ver antes que hicieran la entrega, me llamó por teléfono y cuando me dijo... En realidad, yo toda mi vida he ‘andado’<sup>7</sup>. Para mí fue algo maravilloso, o sea yo ya pensaba que..., además que a los años míos, encontraba que poder tener una vivienda a estas alturas. Lo encontraba lo más fantástico que me podía haber pasado en la vida. A esa hora frente a toda la poca gente que me conoce, a mi patrona... les avisé, lloré, grité y estaba feliz. Y lo único que quería era conocer el departamento. Vine muchas veces y fue muy emocionante, vine muchas veces, pero nunca pude entrar a verlo y realmente fue un poco defraudante, no sé cómo es la palabra...”

(Gladys, 2002, Maipú).

Y aunque ven que la vivienda es mejor que sus viejas mediaguas<sup>8</sup>, incluso mejor que las viviendas sociales de los años ochenta, todos ellos se saben excluidos, habitantes de los bordes de la ciudad. En esta villa de Maipú, se conjugan dos factores centrales para comprender su invisibilidad. El primero dice relación con el fuerte rechazo del municipio y su actual gobierno comunal (de derecha) a las políticas de erradicación de pobladores provenientes de campamentos. El gobierno municipal promueve actualmente una imagen comunal de clase media emergente, buscando así atraer la inversión inmobiliaria y comercial orientada a este segmento social. Ciertamente la construcción de estos conjuntos de viviendas sociales y la llegada masiva de familias de extrema pobreza no contribuyen a la imagen deseada por el municipio. El segundo factor que incide en la precaria integración de estas familias a su comuna es el hecho que la empresa constructora de estas viviendas se declarara en quiebra antes del proceso de “recepción” que estipula la ley; ello ha impedido por tanto entregar los títulos de dominio a sus habitantes. Pero lo que es más grave, ha impedido resolver las innumerables falencias arquitectónicas y técnicas de este conjunto residencial. Sin títulos de dominio, sin otro gesto que la entrega apresurada de la llave, los vecinos perciben que sus vidas no serán lo que ellos tanto soñaban y que el estigma de su pobreza aún los acompaña. Así contaban los pobladores de Maipú que sintieron cuando les entregaron las llaves de su nueva casa:

- “Lo que nos pasó a nosotros fue muy frío, muy helado, supongamos que aquí mismo está la casa y en esa casa te van a entregar las llaves. Así, ah... como

7 Término para decir que nunca tuvo algo propio donde asentarse, vivir establecida.

8 Vivienda precaria de madera y techo de latón.

diciendo que... perdón la palabra: Toma perro ahí tienes... tu jaula. Pero, claro, son bonitos los departamentos y todas las cosas que tienes..., pero fue muy doloroso la manera de entregarlos.

- Sí, estoy con lo que él dice, en realidad fue bien humillante eso, porque a nosotros nos dijeron: "A usted le va a tocar al fondo allá en el departamento 301, vayan, caminen para allá no más, búsquenlo, allá me esperan". Y después apareció él... tenía que firmar un papel: "Si quiere bueno y si no váyase, y decídale luego..."
- Por lo mismo, ahora no le podemos reclamar a nadie, porque a nosotros no nos entregó una persona prácticamente adecuada los departamentos como para después decir, esa persona nos entregó los departamentos, a esa persona le vamos a ir a reclamar y esa persona va a tener que responder. ¿Nosotros aquí a quién le reclamamos? ¿Al maestro que nos entregó las llaves? Yo pienso que la ceremonia era importante, porque es como el sello de tu sueño; o sea, es digno de... o sea, yo pienso que para todo lo que hemos luchado de estar de allegados, arrendando, pasando mil cosas, o sea, la ilusión de algo digno, era la ceremonia, y verse ahí poco menos que protestando ahí para recibir lo de uno...
- Es que yo vi la inauguración de la casa de mi hermana y fue a inaugurarla un cura, y fue el alcalde y todo, y fue bonita la ceremonia, pero aquí la emoción, no la hemos sentido.
- Uno cuando inaugura, los departamentos salen en la tele. Hemos salido, pero por protestas... o crónica roja... me da vergüenza, porque prácticamente es como limosna.
- Para mí hubiera sido... rico si por ejemplo, no importa si no hubiera estado el Presidente, es lo de menos, pero una autoridad por ejemplo del mismo ministerio de la vivienda; hubiera dado su sermón ahí, un discurso, hubiera sido como más legal, más dedicado".

(Grupo de conversación de vecinos, Octubre 2002, Maipú).

La ausencia de autoridades y de gestos simbólicos como el corte de la cinta tricolor fue leída con desconfianza y acrecentó la incertidumbre en relación a la propiedad de las viviendas y al proyecto de integración social.

"Lo más raro que encontramos nosotros, por qué aquí no vinieron a entregar con cintas. El Presidente que corta la cinta y entrega los departamentos... Nosotros nos hubiésemos sentido más apoyados, como que era seguro que eran de nosotros. Ahora, como dicen que es comentario, que la muni nos quiere tomar esto. Hay tanta habladuría que la gente habla, que a la larga esto lo van a quitar. Y no sé, no entiendo... ¿a dónde era que andaba el Presidente esa vez que a nosotros nos entregaron las casas? Nosotros nos enteramos por las noticias que el Presidente no estaba, porque no estaba esa vez, no estaba, pero no nos

vinieron a entregar. Por último haber venido después, ¿cierto? Como en todos lados yo veo que entregan unos departamentos y va el Presidente. Van todos, van del Serviu<sup>9</sup>, va la asistente social, aparecen todos. Y aquí no apareció nadie. Aquí nos dijeron, mañana tiene que venir a retirar las llaves; y nada más, y nos cambiamos no más”.

(Victoria, 2003, Maipú).

La percepción de haber sido dejados a su suerte por parte del Estado comenzó a tomar fuerza desde el momento en que comprendieron también que esa vivienda no era aquella por la que tanto habían trabajado. A la ausencia de un ceremonial que celebrara la entrega se sumaba la mala calidad y la estrechez del espacio<sup>10</sup>.

### La nostalgia de la comunidad

Basta con entrar a esta villa perdida de Maipú para comprender que los problemas de quienes allí habitan no son sólo de sobrevivencia, sino también de convivencia en esos espacios. La estrechez de las viviendas<sup>11</sup>, el hacinamiento y la falta de privacidad se han constituido en aspectos críticos de las nuevas vidas de estos pobladores<sup>12</sup>. Si en el campamento, la organización y el uso del espacio eran flexibles y siempre transformables, en sus nuevas viviendas deben en cambio, aprender a vivir en un espacio organizado de manera fija, rígida; y donde toda adecuación supone necesariamente tener que transgredir el espacio común. En efecto, las dificultades económicas y legales para ampliar y ajustar sus viviendas a las propias necesidades conducen a que las familias construyan progresivamente, a través de estructuras precarias y livianas, un “continuum” entre sus casas y las veredas, entre el espacio público y privado<sup>13</sup>. El ocultamiento y casi desaparición de las fachadas originales de muchas de estas viviendas tras es-

9 Servicio de Vivienda y Urbanismo.

10 Esta percepción es común a muchos pobladores de viviendas sociales: así pudimos constatarlo también en la población Santos Martínez de Aguas Negras de Curicó, en la villa Tucapel Jiménez de Renca, en la villa El Volcán de Puente Alto (Fondecyt 1020318; Misereor, 2004).

11 El progresivo encarecimiento del suelo urbano, y no las expectativas de la demanda, explican ciertamente este patrón de “cajas de fósforos” o “latas de sardinas” como despectivamente se las llama a las viviendas de estos conjuntos.

12 La relación entre patologías y falta de espacio ha sido estudiada por E.T. Hall (1966; 1971) en su análisis de la proxemia; es decir, de la relación entre los individuos y el espacio. A propósito de un estudio sobre la clase obrera francesa, M.J. Chombar de Lauwe indica que bajo los 8 a 10 metros cuadrados por persona, los incidentes patológicos (psíquicos y sociales) y la sobrepoblación aparecían estrechamente ligadas. Entre 10 y 14 metros cuadrados, la relación aún se observa, aunque de manera menos marcada. Hall advierte sin embargo, que esta definición de espacio óptimo no tiene ningún valor universal, y sólo es válida para una fracción de la población francesa. Aún así, cabe destacar que para los casos aquí analizados, algunas familias pueden llegar a tener fácilmente 7 a 8 metros cuadrados por miembro.

13 El hacinamiento no es necesariamente una característica presente en la vida de los que habitan en campamentos. En muchos, la amplitud de las viviendas, pero sobre todo la forma de laberinto que posee la distribución y diseño de las casas aseguran espacios diferenciados, así como la compatibilidad entre la convivencia comunitaria y la intimidad.

estructuras de madera que amplían las viviendas hacia las veredas, vuelve ciertamente difuso el límite entre ambos espacios. En situación de extremo hacinamiento como el que hoy día enfrentan, las viejas pautas de construcción y habitabilidad del campamento adquieren todo su sentido y pertinencia. La vivienda recupera progresivamente algo de aquella vieja y precaria mediagua de madera y latón.

La principal insatisfacción de los habitantes de estos nuevos conjuntos sociales sin embargo, no dice sólo relación con sus viviendas sino principalmente con el barrio y el vecindario (PNUD/Sur, 2002; Márquez, 2003). En efecto, el deseo de migrar está directamente asociado a la insatisfacción con el modo de vida y sociabilidad que se impone entre habitantes, que se perciben obligados a vivir en los márgenes de su ciudad.

Para aquellos habitantes que provienen de campamentos, y que traen una historia de participación y pobreza, es la ausencia de gestos de solidaridad entre iguales y la ausencia de una vida comunitaria lo que más añoran.

Para estos habitantes, la nostalgia por la vida en el campamento y el desencanto con lo obtenido en sus nuevas villas, refieren principalmente a una comunidad fuertemente debilitada. La ausencia de gestos de solidaridad y de convivencia cotidiana se suman y agudizan los efectos de una pobreza que persiste y un Estado que una vez entregadas las viviendas, se retira de estos territorios. La percepción de vivir en un ghetto y ya no en una comunidad gana así lugar.

“¿Sabes por qué no me gusta acá? Porque acá la gente no es igual que allá (en el campamento). Por ejemplo, allá nosotros éramos unidos, la gente, mucha de edad como ustedes, se juntaba con los jóvenes, vacilábamos, jugábamos a la pelota, no se andaban drogando. O sea igual se fumaban un pitito<sup>14</sup>, pero no se drogaban como se drogan acá. Allá la gente ayudaba a los drogadictos y aquí no, aquí lo único que saben es marginar a los drogadictos y a las finales todos tenemos hijos...”

(Beatriz R., 2002, Maipú).

La falta de espacio y el rápido deterioro de las viviendas y de los espacios comunes tampoco facilitan el encuentro. La distribución de las familias en los conjuntos de departamentos según procedencia crea asimismo una segregación entre grupos y promueve una “vigilancia o control” de todos y cada uno sobre los otros. Todo intento de comunicación se exagera y se satura fácilmente. La desconfianza, el miedo y la incertidumbre están siempre presentes<sup>15</sup>. La villa, para estas

14 Marihuana.

15 Para una caracterización más detallada de las percepciones de estos habitantes, véase Márquez, 2004. “De lo material y lo simbólico en las viviendas sociales”. En Revista *Proposiciones*. Santiago: SUR.



familias, finalmente no puede sino representar aquello de lo que justamente se desea escapar: la pobreza y el mal vivir.

"...aquí ahora las mismas cosas que han pasado, pucha, han salido en los diarios, en la tele. Y uno va para otro lado y... ¡Oh! ¡Adonde vives tú mataron a tres personas! Da vergüenza eso, eso que la anden apuntando con el dedo, a mí me da vergüenza... Y uno no encuentra qué responder. Es complicado porque mi hija fue al colegio al día siguiente, después llegó a la casa y me dijo: 'Mamá sabes que me da vergüenza. Incluso dije que no vivía aquí, aquí en estos departamentos...' Pero sentí vergüenza, porque al ver que a mi hija [...] los niños del grupo le dicen: 'Ah no, no nos vamos para allá por que hay volados'<sup>16</sup>, les tenemos miedo'. Así que mi hija su obligación tiene que ir, pero tengo que ir a dejarla... Por eso muchas veces es vergüenza".

(Claudia L., 2002, Maipú).

El sentimiento de vergüenza de habitar estos espacios es recurrente en los relatos. El esfuerzo para distinguirse y aislarse de la vecindad no pareciera ser más que una respuesta a situaciones que engendran el rechazo y la estigmatización. Para estas familias entonces, la integración y el logro del reconocimiento social pasan progresivamente a ser una pugna de cada uno y los suyos.

### **El Estado ausente**

En esta Villa Sin Nombre, sus habitantes tienen dificultades para explicarse la ausencia del Estado e interlocutores en su territorio. Los rumores que corren de boca en boca y las conversaciones de pasillo dan forma a la escasa sociabilidad entre vecinos: que serán desalojados, que sus terrenos serán vendidos, que una gran tienda ha decidido construir allí, que los vecinos de los barrios más pudientes han exigido su expulsión de la comuna, son algunos de los rumores que más se escuchan.

Lo que todos saben es que Maipú es una comuna de nueva clase media donde la pobreza no es bienvenida<sup>17</sup>, como lo señalamos anteriormente. Con escasas escuelas públicas, sin micros que entren a la villa, sin ferias donde comprar a buen precio, sin llegada ni ayuda de la municipalidad, sin títulos de dominio y sin ceremonial que consagrara su nueva vida, los habitantes de esta villa se perciben abandonados.

<sup>16</sup> Drogados.

<sup>17</sup> El Índice de Desarrollo Humano de Maipú es de 25 mientras que el de Cerro Navia, de donde proviene una parte importante de estos pobladores, es de 135. El Índice de Desarrollo Humano es el nivel de desarrollo que puede lograr una persona en la comuna respecto al país (PNUD); se calcula de acuerdo a indicadores de desarrollo educacional, salud e ingresos. Las comunas están ordenadas de 1 a 333; donde 1 refleja el mayor desarrollo alcanzado y 333 el menor.

“Lo que nosotros sentimos es que nadie nos toma en cuenta para nada. Porque nosotros vemos televisión y vemos por ejemplo que va el ministro de la vivienda, que va el presidente, que va el secretario, que va éste, que va Pedro, Juan y Diego a hacerles una entrega oficial de la vivienda, ¿verdad? Le entregan el título de dominio y todo lindo y todo fiesta. La televisión, y la radio, el diario y todos felices, y acá fue como que nosotros, cómo te explico... cómo me siento yo de cómo nos miraron, como que nosotros no valemos nada. De lástima. Te voy a entregar la llave y tú vives ahí, como quieras y como puedas. Y jamás se han preocupado si te mojas, que si tienes hambre, si no tienes hambre. Aquí nadie se preocupa de nada. Ninguna autoridad se preocupa por nosotros, porque se han hecho hartos trámites, la directiva ha hecho hartos trámites, yo en mi caso particular me lluevo por montón. El agua me corre por las paredes en el invierno. He ido a hartas partes a pedir ayuda y no la obtengo. Me las he tenido que arreglar por mis propios medios...”

(Pedro G., 2002, Maipú).

Las respuestas de los vecinos se van construyendo esporádica y desordenadamente: tomarse la calle para exigir la presencia del alcalde, llamar a la televisión para contar su situación, contratar a un abogado para gestionar sus demandas en Serviú, pero finalmente, pareciera ganarles el sentimiento de impotencia “Nosotros no existimos”, decía una vecina.

El anonimato y la invisibilidad tienen sin embargo sus ventajas: poder vivir sin tener que pagar, aunque el costo sea no ser jamás escuchado:

“En estos momentos lo que menos nos conviene es que nos reconozcan, porque van a presionar a la gente con los dividendos y va a llegar un momento en que Serviú va a cerrar sus puertas y nos va a echar a la calle. No creo que nos vengán a desalojar, porque muertos nos sacarán de aquí; ése es un dicho que tiene la gente: ¡muertos nos sacarán de aquí!... Nosotros hemos seguido los conductos regulares, no hemos querido pasar a llevar a nadie, pero estamos llegando a un punto en que nadie nos quiere escuchar. Nosotros vamos a los canales de televisión, nos toman todas las entrevistas, pero cuando eso pasa al director para que apruebe el reportaje, no se aprueba y los periodistas han sido tan honestos que nos han llamado para explicar. Hemos llevado documentación, fotocopias, nos sacan foto y no hay caso...”

(Víctor, 2002, Presidente Junta de Vecinos, Maipú).

Finalmente, lo que nos muestra esta breve etnografía, es que la discusión sobre “el ciudadano” y su relación con las políticas sociales está aún pendiente. Numerosos estudios (Marcel y Tohá, 1995; Márquez, 2004) muestran que frente a las expectativas de los individuos por la consideración a sus derechos y un

trato más amable, las respuestas del aparato público son percibidas como impersonales, poco pertinentes a sus necesidades y degradantes. A la lógica institucional continúan oponiéndose las lógicas de los sujetos que tienen dificultad para comprender bajo qué términos construir su relación con el Estado, simultáneamente con su integración y cohesión al todo social.

De lo que hablan estos habitantes de Maipú, así como muchos otros de villas recientemente construidas, es de la calidad del vínculo, de los términos sobre los cuales aspiran a construir su relación con la sociedad en su conjunto: ceremonial, gestos, símbolos que acompañen y signen uno de los mayores esfuerzos de estas familias para la obtención de una vivienda. Finalmente, a pesar de los subsidios, de la vivienda propia, de las aspiraciones a la movilidad, de la nostalgia y del empeño por reconstituir la comunidad, los vecinos de esta villa se saben olvidados y a medio camino de la tan anhelada integración y del reconocimiento social.

### **Pobreza y reconocimiento social**

El análisis de las prácticas y trayectorias de vida de los más pobres nos indica que no pueden ser comprendidas al margen de la búsqueda de reconocimiento social y de la realización de sí mismo, de la identidad. En los procesos de exclusión, siempre existe una estrecha articulación entre las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas que le dan forma. En las sociedades modernas, la pobreza no corresponde sólo al estado de una persona que carece de bienes materiales; corresponde también a un status social específico, inferior y desvalorizado que marca profundamente la identidad de quienes la viven<sup>18</sup>.

Las situaciones de erradicación como la aquí analizada, son también situaciones de fuerte transformación de los modos de vida. Cuando se ha habitado durante largos años en un campamento<sup>19</sup>, la erradicación, aun aquella deseada, rompe y desestabiliza procesos, acciones y rutinas, y con ello, las identidades de quienes allí vivieron. Junto al paso del campamento a la villa toda una estructura de significados de estos mundos de extrema marginalidad dejan de funcionar y las adscripciones identitarias pierden asidero. La búsqueda o resignificación de elementos en torno a los cuales reagruparse se vuelve entonces un esfuerzo cotidiano y vital para estos nuevos pobladores.

18 Este elemento no es del todo nuevo en el debate sobre la pobreza. Tanto el programa filantrópico del siglo XIX como la doctrina social del cristianismo colocaban en primer plano el aspecto de la degradación moral que la miseria determinaba en la existencia humana. Históricamente, el denominador común de los elementos que hacían de la miseria un fenómeno social lo constituyó la función degradante de tal estatus. Véase Geremek (1989); Paugam (2002).

19 En esta villa de Maipú, el grupo de vecinos erradicados desde la comuna de Cerro Navia ocupaba desde hace veinte años un viejo basural; allí vieron nacer y crecer a sus hijos, se construyeron vínculos de compadrazgo y una vida fundamentalmente comunitaria. Para una descripción detallada de estos campamentos, véase Márquez (2002).

La demanda de ceremonial y rituales, así como la nostalgia por lo que fue la vida en el campamento, deben ser comprendidos como parte de este proceso de resignificación. Objetos materiales, sociales o simbólicos son lo que finalmente aglutinan y facilitan comenzar a construir nuevamente un "nosotros". La identidad es esencialmente pertenencia; y en cuanto tal, supone compartir rutinas, lenguajes, estéticas que implican distinguirse y a la vez reconocerse con respecto a otro. La necesidad de reconocimiento social, de existir en la mirada del otro está a la base de la construcción identitaria y también de la posibilidad de iniciar trayectorias de integración social.

En los relatos de la pobreza, sin embargo, la dominación simbólica, la percepción de ser permanentemente estigmatizados y reprobados por ser lo que son (*ser de campamentos, ser pobres, ser de...*), y a la vez la negación de salidas, son una constante. Vivir en una villa o en una vivienda social, como bien señala la pobladora de Maipú, a menudo es percibido como una experiencia humillante (expresión de inferioridad social) que introduce transformaciones en el itinerario biográfico de un individuo.

"A mí me tocó ir a pagar un dividendo al banco... y estaba en la fila, y estaba gente de las casas y hablaban cada cosa de los departamentos. Y yo estaba ahí detrás esperando. Y decían: 'Que hay que hacer firmas, que hay que hacer esto, que esta gente se tiene que ir, son lo último, son aquí, son acá...' Y yo ya no aguanté, le toqué el hombro y le dije: 'Sabe, yo soy de los departamentos, pero no por uno vamos a echarlos a todos al saco. Yo puedo ser mucho más respetable que ustedes a lo mejor, pero no considero que un ser humano denigre tanto a otro ser humano'.

(Angélica P., 2002, Maipú).

Desde el momento que la pobreza es sólo reconocida y tratada como carencia, su status social no puede sino ser desvalorizante y estigmatizante<sup>20</sup>. La *desclasificación* social de la pobreza la aproxima a una noción de no-ciudadanía: pobre es aquel que está fuera del mercado y de la sociedad. Sin los lazos básicos, el pobre no puede sino vivir como un *extranjero* al resto de la sociedad. Aquello que es sociológicamente pertinente no es la pobreza en tanto tal, sino las formas sociales que ella adquiere en la sociedad en un momento específico de su historia. Esta sociología de la pobreza se vuelve entonces una sociología del lazo social. Los pobres, así definidos, no están fuera de la sociedad, sino en ella. Ocupan, por cierto, una posición particular por el hecho de encontrarse en una situación de dependencia en relación con la colectividad que los reconoce y los trata como tal.

20 La tendencia de las políticas sociales a fijar y por tanto a estigmatizar al pobre o a todo aquel que presenta signos de inadaptación social, ha sido ampliamente ilustrados en la literatura sociológica. Véase Beremek (1989); Martinic, (1995); Paugam, (2002).

Recluidos en campamentos emplazados en los no-lugares de nuestra ciudad (bordes de ríos, líneas de ferrocarriles, basurales...); segregados por políticas habitacionales a los márgenes de la ciudad; y "focalizados" por políticas sociales para pobres, con pobres y entre pobres, las probabilidades de constituirse ante un otro se vuelven entonces remotas<sup>21</sup>. Y sin embargo, sabemos que reconocerse en la mirada del otro (existir para el otro) es una necesidad primordial para hacerse un lugar en el seno de una sociedad, para existir y para participar. La mirada es complicidad, es disputa, es invitación y finalmente es posibilidad de integración<sup>22</sup>. Pero en estos relatos de pobladores, en la mirada del otro a menudo sólo se reconocen en su condición de *asistido, ilegal, pobre, sin casa, sin trabajo*. Levantar entonces una imagen, una identidad de sí mismo distinta y positiva con y desde el entorno parece remota. A no ser que, tal como sucede en estas villas, se construyan fronteras y principios de distinción entre los propios vecinos. Pero el costo no es menor: la violencia, la desconfianza y el temor al otro no tardan en instalarse al interior del propio vecindario. Es el caso de los habitantes que provienen de poblaciones de mayores recursos y no de campamentos; vecinos que aspiran a una movilidad social y que buscan a cualquier precio afirmarse como diferentes de sus vecinos más pobres. La ruptura y el esfuerzo para distinguirse de los más cercanos no parecieran ser más que una respuesta a situaciones sociales que engendran el rechazo y la estigmatización.

Estas nuevas villas son contextos de cambio y de transformación social por esencia problemáticos. En ellos, la norma se vuelve opaca; la imprevisibilidad y la incertidumbre ganan lugar. La búsqueda de momentos de encuentro, de ceremonial y rituales pueden ser vistos en este sentido como una búsqueda de salida y respuesta de los nuevos vecinos a esta situación. El carácter problemático y desconocido que plantea la llegada a una villa no sólo invalida los recursos que se tenían en el campamento, sino también hace más evidente la ausencia de nuevos recursos de los cuales valerse en este contexto desconocido. El trueque, los préstamos, el cuidado de los niños, la sociabilidad y la relación cotidiana con la caridad y la beneficencia que siempre llegaba al campamento dejan de ser

---

21 Heidegger decía que ser —con— otro es la condición básica del ser-en-el-mundo. Tal relación supone éticamente hablando, otra que es fundamental, la facultad de poder ser-con, de ser ante otro (de ser interpelado, enjuiciado, por otro).

22 La importancia de la mirada del otro se grafica bien en la centralidad que adquieren progresivamente los medios de comunicación en la visibilidad mediática de los pobladores. "Aparecer" en los diarios o en la televisión es un indicador de visibilidad de sus demandas; "aparecer" en los medios de comunicación hace más probable también una respuesta por parte de las autoridades. Sin embargo, para "aparecer", se necesita que el problema denunciado sea lo suficientemente atractivo, dramático o conflictivo como para que "venda". En el caso aquí analizado (Maipú) uno de los dramas es que su "caso" no interesa a ningún medio de comunicación. Radicados en los bordes de la ciudad, en territorios que nadie disputa, su drama no es objeto de noticia. Hechos de sangre o de pobreza extrema en cambio son a menudo cubiertos ampliamente por los medios de comunicación. En un campamento de Cerro Navia, las pobladoras se quejaban de que los periodistas siempre las fotografiaban sin "arreglarse", descuidadas o realizando actividades poco dignas (cocinando, lavando...).

evidentes. No sólo la ayuda dejará de llegar como cuando vivían en sus precarias viviendas; también los gestos de ayuda cotidiana entre iguales irán dando paso a una progresiva desconfianza y encierro frente al temor que el nuevo contexto les generará. La tensión y las contradicciones con lo que fue la vida cotidiana, los hábitos y las costumbres en el campamento se dejan sentir. La llegada a la villa y el sueño de la casa propia ofrece finalmente más interrogantes que certezas.

Salir y superar esta situación de tránsito y marginalidad, consistirá entonces en reducir la incertidumbre y reintroducir la previsibilidad en la relación al otro y al nuevo medio social. Jugarse por dar un sentido a esta situación y a este nuevo mundo es lo que permitirá objetivamente transformarlo y transformarse. Es un trabajo ciertamente de fuerte tensión y reflexividad, de ponerse en cuestión, de remirar sus *habitus* y sus viejas certezas al interior del nuevo contexto.

### **Ceremonial, rito e integración**

Lo que no podemos perder de vista en nuestro análisis, es que la protesta de estos pobladores, la demanda por ceremonial o de un entorno más amable responden a la necesidad imperiosa de un cambio en sus vidas. Esto es, el paso de la invisibilidad e ilegalidad del campamento a ser pobladores de sus villas y ciudadanos de su país. La apelación al ceremonial, al rito, a una sociabilidad más grata es el llamado a celebrar este paso y a consagrar este nuevo status.

En contextos de "erradicación" (traslado) de pobladores a otros territorios, la celebración colectiva de su nueva condición de ciudadanía adquiere una particular relevancia. Reunirse junto a otros en torno a una palestra para recibir la llave, para cortar la cinta, para bendecir las casas, para escuchar los discursos, para fotografiarse, para recibir sus certificados de propiedad, para abrazarse, en fin, para celebrar, equivale a consagrar el paso desde los márgenes al todo social. Es poder verse en los diarios, y no en la crónica roja sino en aquella sobre los asuntos del país. Es percibirse, aunque sea por un momento, como parte de la *communitas* (Turner, 1972; Espósito, 2000), de un proceso colectivo, de una experiencia donde las mediaciones de roles o jerarquías no impidan la celebración, el encuentro y la visibilización.

Es sabido que los primeros años en una villa constituyen momentos centrales de crisis e incertidumbre. Es en este período cuando se revela con fuerza la tensión entre la aspiración a dar existencia explícita e incluso oficial a un nuevo status social y las dificultades evidentes que el contexto social les ofrece. De allí que la ausencia de un nombre, de un título de propiedad, de un ceremonial que inaugure y certifique la nueva carta de ciudadanía adquiere especial importancia para estos pobladores. Además, la llegada y el encuen-

tro entre desconocidos en este nuevo *habitat* ponen siempre en marcha la lucha por el espacio y la definición de los términos de la convivencia. Es allí cuando se pone en juego la reinterpretación de la realidad y la búsqueda de nuevos consensos con respecto al significado de la realidad, de sus vidas y de su lugar en la sociedad. Pero en este contexto, el antagonismo y a veces la violencia tienden a imponerse.

Estos enfrentamientos entre visiones de mundo se observan en muchas de estas nuevas villas; pero ellos se exageran en espacios sociales que no cuentan con mecanismos de legitimación. Es el caso de esta villa olvidada en los márgenes de la ciudad, donde la violencia y la desesperación de sus habitantes han terminado por transformarla en territorio de nadie; en un espacio "desanclado" de toda realidad social y ajeno al mundo público. Las tensiones y disputa por las categorías que dan sentido a las prácticas debilitan finalmente cualquier iniciativa colectiva. Lo que se impone es el miedo, la desconfianza y el encierro.

Cuando un poblador se pregunta por qué no hubo ceremonia en la entrega de su vivienda o idealiza la vida comunitaria del campamento, dice que su aspiración a la vivienda va más allá del techo o de las cuatro paredes donde cobijarse. La aspiración a la vivienda contiene también el deseo de reconocimiento social, el derecho a *vivir en sociedad*. Ciertamente, las transformaciones del mundo de la vida y del orden cotidiano, traen consigo aparejados un replanteamiento de las relaciones de poder. Sin embargo, la transformación exige una interacción en el espacio público y que otorgue sustento a las nuevas visiones. Sólo así se puede comprender la insistencia de estos vecinos de Maipú en ser escuchados por el municipio y en celebrar junto a las instituciones públicas la adquisición de su nueva vivienda. Ser conocido y reconocido por los otros es la posibilidad finalmente de levantar una voz colectiva. Esa es la fuerza simbólica de estos momentos de profunda transformación familiar y colectiva<sup>23</sup> (Reguillo, 1999).

En estos momentos de transformación, la fuerza del ceremonial pareciera residir justamente en la conducta igualitaria y cooperativa que favorece entre quienes allí participan, y donde las distinciones seculares de rango y status se minimizan temporalmente. En los rituales, nos dice V. Turner (1972), la *communitas*, entendida como la perspectiva igualitaria de la sociedad, se activa. En el rito<sup>24</sup>, emerge la *communitas*, como una expresión de sociabilidad,

23 Rossana Reguillo (1999) plantea que esta fuerza que altera los modos de percepción y de acción será capaz de hacer surgir un nuevo estado de cosas, si y sólo si, los actores que participan en este proceso son capaces de generar mecanismos de legitimación, lo que implica un proceso activo de constitución de poder.

24 El rito de pasaje está marcado por tres fases, separación, margen o limen (umbral) y la vuelta a la agregación. La primera fase, la separación, conlleva la conducta simbólica, que significa la separación del individuo o del grupo de la estructura social. La segunda fase, el umbral, real o simbólico, corresponde a la mitad del rito y la idea de estar en un túnel. En la tercera fase se consuma el paso y el sujeto ritual vuelve a entrar en la estructura social, y a menudo, pero no siempre, en un nivel de status más alto (V. Turner, 1972).

como una forma cultural y normativa que enfatiza la igualdad sobre todo. Y aunque la celebración de la *communitas* puede simplemente no cambiar nada y reafirmar la rigidez de las estructuras sociales y de su impermeabilidad al cambio, en las situaciones rituales, la sociedad siempre toma conciencia de ella misma<sup>25</sup>. El rito trabaja para el orden, según nos advierte Balandier (1994). En efecto, cuando la pobladora citada anteriormente señala que “un discurso, hubiera sido como más legal, más dedicado”, habla justamente de la integración, de la norma y la legalidad; de dejar de una vez por todas de funcionar en los márgenes y los intersticios de la sociedad.

Pero aun cuando el rito trabaje para el orden, posibilitará sentirse parte de la sociedad, con todo el riesgo que implica de reforzamiento de las estructuras sociales. El orden y el desorden, señala Balandier, son como el anverso y el reverso de una moneda: inseparables. La celebración de la ceremonia y el rito vistos desde la perspectiva de la estructura pueden también ser potencialmente peligrosos en su capacidad de cuestionar y transformar el orden imperante. Un hombre que ha estado inmerso en la experiencia de un ritual, nos advierte Turner, seguramente no podrá seguir siendo incondicional en sus adscripciones sociales. Tal como pudimos observar en la celebración ceremonial de una nueva villa de Cerro Navia, la entrega de las viviendas a cada una de las familias y el reconocimiento público de las antiguas dirigentas del campamento, favorecieron “el encuentro” y “el reconocimiento” de los vecinos hacia el Estado y sus instituciones, pero también la “visibilización” de su nueva condición de vecinos y ciudadanos de la comuna. Actualmente las familias de esta villa de Cerro Navia han logrado reconstituir los lazos de solidaridad interna y organizarse para continuar en la búsqueda y reivindicación de mejores niveles de vida. Las dificultades dicen más bien relación con la imposibilidad de superar su situación de pobreza y cesantía, pero no con la percepción de invisibilidad, anonimato y desesperanza que afecta a los vecinos de Maipú.

En todo caso, se modifiquen o no las estructuras sociales, la experiencia de la *communitas* parece ser un requisito social y cultural indispensable, una experiencia que está ciertamente en la base de la demanda por un ceremonial que consagre colectivamente el nuevo status de ciudadanía de los pobladores.

Tal como nos cuenta Geertz (2000) respecto a lo que sucedía en Bali en el siglo XIX con el ritual estatal, éste –por muy concretamente que se mostrara y por muy irreflexivamente que se aprehendiera–, siempre incorporaba doctrina en el sentido literal de “enseñanzas”. Geertz nos cuenta que los balineses, no sólo

---

25 En el ritual, se puede aprender el modelo total de las relaciones sociales, las estructuras sociales, lo cual no depende de la enseñanza explícita, de las explicaciones verbales; el medio es el mensaje, y el medio no es verbal, aunque a menudo esté vinculado.



en rituales en la corte, sino en general, vaciaban y modelaban sus ideas más integradoras sobre la realidad y sobre las formas en que los seres humanos deberían actuar, en símbolos aprehensibles por los sentidos. Flores, danzas, melodías, gestos, cantos, ornamentos, templos, máscaras –y no un conjunto de “creencias” aprehendidas discursivamente– daban forma y contenido a estas representaciones de la sociedad. Lo que hacía el Estado por la sociedad balinesa era dar forma a una concepción de lo que se suponía que, todos juntos, debían hacer de sí mismos. De la concepción balinesa, con todo lo lejano que pueda ser de nuestra realidad en Chile, se aprende que mediante el ritual, la experiencia del ceremonial puede reconstituir la estructura general de la realidad y, haciéndolo, sostener dicha estructura; pero también nos enseña que ella se levanta como el área privilegiada para abrir un espacio a la expresión de la diferencia y la diversidad.

### **A modo de conclusión**

En este breve texto, hemos querido mostrar que la capacidad del Estado y de sus políticas de potenciar y fortalecer los procesos de integración social y de construcción de ciudadanía pasa no sólo por la entrega de más y mejores viviendas. Ciertamente ello es imprescindible, en especial el ajustar e igualar los estándares de construcción y de habitabilidad de estas viviendas a los niveles de desarrollo y calidad de vida del país. Pero aun así, esto no basta si sus habitantes siguen percibiéndose como ciudadanos de segunda categoría. La construcción de un individuo más autónomo y más ciudadano exige también de soportes, es decir, de recursos materiales y simbólicos que alimentan su comprensión y su quehacer en sociedad.

Tratar la vivienda como un mero bien de capital y su compra como una estrategia económica en el sentido restringido del término, haciendo abstracción de las aspiraciones y trayectorias de quienes la habitarán, es simplemente despojarla de todas sus propiedades históricas y simbólicas. A través de la compra o de la postulación a un subsidio para una vivienda, se está afirmando tácitamente la voluntad de crear una morada, un proyecto y una apuesta colectiva sobre el futuro. La casa es siempre una inversión económica y una inversión social simultáneamente (Bourdieu, 2001).

Queremos señalar que el reconocimiento simbólico y ceremonial de estos ciudadanos es también imprescindible para una sociedad más democrática y más integrada. La incidencia de las políticas sociales, sean o no locales, dice relación justamente con la capacidad del Estado y sus agentes de construir y celebrar un diálogo con los mundos sociales de los más pobres, con la capacidad de expresividad, más que con la capacidad de imposición de códigos y lógicas preconstruidas.

Sean cuales sean las medidas objetivas y los dispositivos de intervención social o legal, la necesidad primera es de considerar al otro como sujeto. Preservar la imagen de sí y del propio proyecto identitario es esencial para cada uno de estos pobladores. Es por ello que el reconocimiento y la dignidad son también esenciales en las políticas de viviendas. Pensar la vivienda sólo desde el ángulo objetivo, es decir, en términos de valor del suelo, paredes, techos, alcantarillado, es olvidar lo esencial: la necesidad de sus habitantes de ser considerados como responsables de lo que se es y de lo que se quisiera llegar a ser, como sujetos capaces de construir su propia historia.

Lo que estos pobladores nos dicen es que los rituales, las cintas tricolores, las fotografías no son imágenes carentes de significados, sino textos que debemos aprender a descifrar para así devolverles su lugar en la construcción de una sociedad más integrada. El paso de habitar como un ilegal a habitar como un poblador y ciudadano, requiere necesariamente de un contexto social que le otorgue el sentido y la legitimidad necesaria. El sentido que cada uno concede a su nueva vida no es una producción totalmente individual; es justamente del capital de conocimientos prácticos y simbólicos socialmente disponible que se obtienen los recursos para producir nuevos sentidos.

El ejemplo del Estado de Bali nos muestra que elaborar una poética del poder no es una mecánica. El Estado extraía su fuerza de sus energías imaginativas, de su capacidad semiótica; el Estado balinés era una representación de cómo se organizaba la realidad. Desde esta perspectiva, el rol del ceremonial es nodal, pues abre la posibilidad de participar, de expresarse y de poner en términos de identidad colectiva la realidad subjetiva de cada uno.

Salir de la condición de incertidumbre y marginalidad no es un asunto sólo de *saber-hacer*, sino también de poner en escena, en actos prácticos y simbólicos, este nuevo *saber-ser*, que requiere de ciertas certezas básicas para poder efectivamente consolidarse. La confianza constituye una dimensión esencial del sentimiento de vivir en sociedad. Superar la situación de incertidumbre y estar a medio camino entre los márgenes y la sociedad, exige tener la prueba de su fiabilidad, de la previsibilidad de sus comportamientos. El problema central entonces consiste en producir estas condiciones de aceptabilidad, de manera a recuperar la confianza en el mundo, y recuperar la confianza en sí. De ahí la importancia del paso del relato y la celebración privada al relato y la ceremonia pública. La ceremonia así comprendida es el modo de acreditación y reconocimiento público al status de ciudadanía alcanzado.

Prestar atención a los sentidos que los individuos de esta sociedad dan a su experiencia implica entonces abrir al Estado y sus políticas sociales a la participación de sus ciudadanos en la definición de los términos bajo los cuales quieren

construir su sociedad y habitar su ciudad. La relación entre los más pobres y las políticas de viviendas requiere ser abordada desde esta complejidad de factores, en su búsqueda de integración funcional y afiliación social, en su dimensión material y simbólica.

## Bibliografía

- Aravena, S., Márquez, F., et al., 2004. *Informe sobre etnografías: campamentos de Santiago*. SUR/ Misereor. www.sitiosur.cl
- Balandier, G. 1994. El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. 2001. *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Chatel, V., Soulet, M-H. 2003. *Agir en situation de vulnérabilité*. Canadá: PUL.
- De Gaulejac, V. 2002. "Être sujet malgré tout". En *Proposiciones* n°34. Santiago: SUR: 60-72.
- De Gaulejac, V. 1998. *La Honte*. Paris: Desclée de Brouwer.
- De Gaulejac, V., Taboada Leonetti, I. 1994. *La Lutte des Places*. Paris: Éditions Desclée de Brouwer.
- Ducci, María Elena. 1997. "El lado oscuro de una política de vivienda exitosa". En *Revista Eure* Vol XXIII n°69: 24-36.
- Espósito, R. 2000. *Communitas: origine et destin de la communauté*. París: PUF.
- Geertz, C. 2000. *Negara: El Estado-Teatro en el Bali del siglo XIX*. Buenos Aires: Editorial Paidós Básica.
- Geremek, B. 1989. *La Piedad y la Horca: Historia de la caridad y la miseria en Europa*. Madrid: Alianza Universitaria.
- Hall, E.T. 1971. *La dimension cachée*. Paris: Seuil-Point.
- Marcel, M., Tohá, C. 1996. *Reforma del Estado y de la gestión pública*. Mimeo.
- Márquez, F. 2002. "Apuntes de terreno: los campamentos de Cerro Navia". En *Ciudadanía y Desarrollo Local*. Santiago: IAF-SUR, Ed. SUR: 58-78.
- Márquez, F. et al., 2004. Informe Final Fondecyt 1020318, *Historias de movilidad social en familias pobres urbanas: respuestas estatales a historias singulares*.
- Martínez, J., Palacios, M. 1995. Informe sobre la decencia: la diferenciación estamental de la pobreza y los subsidios públicos. Santiago: SUR.
- Paugam, S. 2002. *La Disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris: PUF.
- Reguillo, R. 1999. *La construcción simbólica de la ciudad: sociedad, desastre y comunicación*. México: Iteso.
- Rodríguez, A. 2002. *La vivienda privada de ciudad*. Santiago: SUR. Temas Sociales.
- Simmel, G. 2002. *Les Pauvres*. Paris: PUF.
- Skewes, J.C. 2002. "El diseño espacial de los campamentos y su dismantelamiento por las políticas de vivienda". En *Proposiciones* n°34. Santiago. SUR: 83-98.
- Tironi, M. 2003. Nueva pobreza urbana. Vivienda y Capital Social en Santiago de Chile, 1985-2001. Santiago: PREDES y RIL editores, Serie de investigación.
- Turner, V. 1972. "Pasos, márgenes y pobreza: símbolos religiosos". En *Worship* 46: 390-412.